

EFFECTOS CLIMÁTICOS VS AGRICULTURA Y RURALIDAD

Al asombro de sucesos descarnados que ocurren en el planeta entero debido al cambio climático con sus devastadores efectos debidamente graficados en todos los formatos de comunicación posibles, se evidencia en pasmosa desmemoria con la actitud ajena, descuidada, enajenada e inclusive despreocupada de la gran ciudadanía a lo largo y ancho del mundo.

Vemos con sorprendente tristeza y asombro los diversos llamados que la Tierra nos hace cada día en muchas formas, ya sea silenciosamente o de forma contundente y conminante, frente a las cuales manifestamos muy eventualmente alguna opinión social en nuestros entornos y pare de contar, todo sigue igual.

Pero más allá de los interloquios habidos y por haber, más allá de lo que expresemos, pensemos o dejemos de intercambiar de manera superficial, la realidad, en verdad, es de tal tamaño que el género humano y consecuentemente toda forma de vida sobre el planeta Tierra, está ad portas de extinguirse sin que sepamos si es por una nueva y última ocasión dentro del proceso de evolución, o es un hecho concluyente para nuestra raza humana en el sistema solar dentro de la vía láctea.

Los efectos que dejan a su paso algunos de los fenómenos como “el niño”, “la niña”, adosados por ciclones, tornados, tormentas, huracanes, tifones, es solo una pequeña parte de la manifestación de la naturaleza frente al consumo indiscriminado de combustibles fósiles incrementados en su uso y abuso a partir de la incesante revolución industrial que arranca en Gran Bretaña dentro del siglo XVIII, dejando atrás una economía rural y agrícola, para dar paso a otra economía industrial mecanizada que transformaría por completo el conjunto social que se vuelca hacia lo urbano y los centros de producción, mismo que tomaría auge y se consolidaría alrededor de 1914 a la par que fue concluyendo la I guerra mundial. La población europea que constaba de 100 millones de personas (1790), pasó a alcanzar los 400 millones (1900), lo que significó que las ciudades crecieron exponencialmente a causa de la oferta y demanda de ingente mano de obra que iría cubriendo las nuevas necesidades de producción industrial, de todo tipo de servicios, productos y elementos que debían subsanar las necesidades de la población urbana concentrada en ciudades que pronto se volverían grandes concentraciones de hacinamiento con los consecuentes efectos negativos, particularmente en salubridad general, donde podemos mencionar a modo de ejemplo inmediato la famosa gripe española, que se manifestó precisamente en un mes como éste, febrero del año 1918, cobrando la vida de 50 millones de personas a causa de sus efectos mortales.

Los fenómenos mencionados dejan tras de sí, el uno sequías eternas con los consecuentes incendios voraces que incineran todo a su paso en regiones tan distantes como diversas del mundo: la selva amazónica, los bosques y pampas australianas, California (USA), el sur de Chile, también en Colombia por regiones disímiles a partir del departamento de Cundinamarca, Boyacá, Casanare, Meta y Santander, por mencionar algunos de ellos. Afectando mortalmente en muchos de estos y otros sitios, la flora y fauna silvestres, incluyendo ríos milenarios y el vasto sistema marítimo, cada día más lleno de plásticos y derivados de petróleo.

El otro, con mote femenino, por el contrario produce las inundaciones más catastróficas que a su paso va devastando en su rebose poblados enteros, plantaciones, infraestructura vial y de distintos órdenes. La anegación de ciudades, llanuras y gran parte de pisos térmicos ocasionadas por el caudal de aguas lluvias ha descendido cuantiosamente en todo el orbe generando deslizamientos de montañas que han llegado a cubrir poblados enteros cuando no ha encontrado el cauce natural para depositarse en quebradas y accidentes montañosos, muchos de los cuales atraviesan ciudades, industrias, cultivos, hatos y plantaciones, cortando en muchos casos carreteras, puentes y poblados, que a su vez ha causado pérdidas millonarias afectando sustancialmente la empresa privada y estatal, dejando a la sociedad impotente frente a la fuerza de tales fenómenos climáticos, donde solo cabe el recogimiento, la espera y el anhelo que no se desboque en su fuerza contra la población humana que ve así revertida la acción incontenible de su participación en el entorno del globo terráqueo.

Aparte de los efectos mencionados también se producen secuelas dramáticas en la población en general, debido a las consecuencias de uno y otro fenómeno que inciden de forma directa e inmediata en los campos de donde nacen los alimentos y productos básicos para sostener la vida de las personas desde la agricultura. Las sequías son más prolongadas cada vez al igual que las lluvias, vientos y tormentas (incluidas las eléctricas), sin contar con el uso desenfrenado de químicos, plaguicidas, pesticidas y demás que aparte de matar lentamente la tierra, tienen un nefasto efecto en la salud humana, lo que ha incrementado patologías que son parte de la tríada que afecta al ser humano enfermándolo.

Frente a estas circunstancias con comprobada participación humana y su consecuente efecto búmeran, surgen las inquietudes y posibles alternativas para salvar la humanidad, lograr el equilibrio con la naturaleza e impedir que lleguemos a superar el 1,5 grados de temperatura que podría marcar el final de la existencia como la conocemos. Aunque según algunos pronunciamientos científicos estaríamos ya en el punto de no retorno debido entre otras cosas a una manifiesta falta de voluntad política por parte de los gobiernos de turno, de una ausente agenda vinculante con acuerdos plasmados en sendas reuniones opíparas en los organismos internacionales encargados de tales temas, sellados con las respectivas firmas de dichos representantes de la inmensa mayoría de países del mundo, pero que en la práctica no han servido de nada y muy por el contrario ha generado un punto de inflexión.

Grandes conglomerados humanos se vienen expresando en todo el mundo por hacerse oír de gobernantes, empresarios, industriales, productores y explotadores de recursos naturales del planeta, como el petróleo o el carbón, para cesar en ese ejercicio y llevar a la práctica el cambio de paradigmas que propicie la sanidad ambiental dejando de lado el uso y abuso de combustibles fósiles en la locomoción e industria masivas, a cambio de distintas herramientas motor universal, que genere el saneamiento ambiental poniendo freno al incremento de la temperatura que no cesa de producir efectos devastadores no solo en la economía e infraestructura contemporánea que sostiene la sociedad, sino en la vida misma en sí. No hemos sido responsables en nuestra relación hombre-tierra, al punto que no tenemos certeza de lo que heredemos a nuestros hijos y nietos en este planeta azul.

Hay una serie de consideraciones que podemos enunciar con el fin de volver al punto de inflexión y establecer el equilibrio garante de la continuación de la vida en todas sus formas. Una de ellas es apoyarnos en la sabiduría ancestral de nuestros indígenas y campesinos quienes por siglos mantuvieron el maridaje ideal al tener claridad sobre los ciclos lunares, las tierras y los frutos que se debían sembrar en acuerdo tácito con la naturaleza para contar con alimentos de temporada que suplían la necesidad fundamental de vida y desarrollo integral de la humanidad, sin el afán de construir silos cada vez más grandes donde amasar productos que derivan en monocultivos especializados que “inundan” con excesiva oferta plataformas y supermercados para consumo de una sociedad creciente sin límites que desborda la producción. Pero que irónicamente, a pesar de tal “abundancia”, cada vez hay menos campesinos y más habitantes urbanos. A la excesiva oferta de alimentos, hay un derroche y desperdicio de los mimos y más personas hambrientos en grandes concentraciones humanas hacinadas a la espera de un mendrugo otorgado por organismos humanitarios internacionales que a su vez dependen de la voluntad de sus dirigentes, aparte de los recursos que ceden a los organismos pertinentes. Pero en contrapartida a esas realidades, hay billonarios que han amasado inmensas fortunas que no caben en una calculadora, como no caben en sus cajas fuertes y menos aún en sus estómagos. Aunque dichos personajes vivieran mil vidas, jamás alcanzarían a gastar todo ese dinero atesorado con audaz avaricia para su auto encomio. A modo de graficación o ejemplo de lo mencionado, cabe recordar que el fundador de Apple (entre otros), falleció de cáncer de páncreas a los 56 años, dejando una herencia de más de 10 mil millones de dólares, que a las cuentas de hoy día, superan los 20 mil millones de dólares en las manos de su viuda Laurene Powel Jobs. ¿Qué pasó con el sentido humano de la solidaridad? ¿No llegan hasta los ojos y oídos de estas personas el llanto de los niños de Biafra? La prensa, de las que son dueños: ¿no les informa de tales calamidades humanas?

Necesitamos más Gretas Thunbergs, más Franciscos Veras en el mundo, quienes con esa maravillosa capacidad de convocatoria y disuasión, enamoren a millones de personas en el mundo, de modo que los políticos de turno que no han querido escuchar ni creer a la comunidad científica, sientan el clamor popular y escuchen en sus corazones el sentimiento de quien está parado en el filo del abismo sostenido por un hilo muy delgado que lo separa de la vida o la muerte irreversible. Necesitamos más mujeres gobernando: ellas saben lo que significa la vida en toda su magnitud. Ellas son la creación misma, la ética y el amor a plenitud.

José Gómez Domínguez